

3. La mirada de la superiora, las hermanas y la autoridad

De entre los muchos sucedidos que acontecieron al Padre Pérez y que le ayudaron a acrecentar continuamente su experiencia y conocimiento de lo que era la vida prodigiosa, muchos le vinieron a través de sus encuentros con las hermanas. Es decir, con los miembros de la vida religiosa del otro sexo.

Los ajenos a la vida prodigiosa suelen pensar que todo religioso, sacerdote o no, está abocado a ese tipo de encuentros. Lo quiera o no lo quiera. Es una verdad a medias. De algún modo, el encuentro es inevitable. Pero no todos lo experimentan de igual forma. Hay diferencias entre frailes y frailes. Por una parte están los que dedican su vida y esfuerzos a atender a tontas y a locas, como a veces ellos mismos dicen. Es una labor dura pero tiene sus compensaciones en regalos, meriendas y algo de ternura que nunca viene mal en la vida del fraile. Y hay los que procuran pisar lo menos posible por conventos monjiles no vaya a ser que se les pegue algo de sensibilidad femenina o que vayan a hacer comparaciones entre la limpieza llamada “masculina” y la limpieza sin apellidos que es la femenina. Lo que es común entre los dos grupos es un cierto machismo de lenguaje y de corazón, que es sin duda una de las lacras más horrendas entre la vida prodigiosa masculina de nuestro siglo.

También nuestro Padre Pérez tuvo, a partir del momento de su ordenación, algunos encuentros con el otro lado de la vida religiosa. Inocente él, al principio vio con normalidad aquellos encuentros y pensó que “ellas” eran religiosas como “él” era religioso. Pasarían algunos años hasta que se dio cuenta de lo diferente que podía ser la vida religiosa según los que la vivieran fuesen hombres o mujeres. Algunas anécdotas nos iluminarán para entenderlo como iluminaron al Padre Pérez para descubrir que sólo por voluntad de los canonistas y de los teóricos se puede seguir usando el

mismo nombre, “vida religiosa”, para ellos y para ellas. La experiencia le fue diciendo que cualquier parecido es casi pura coincidencia y que está mucho más en los papeles que en la realidad. Pero, claro, ya se sabe que los de esta banda, los religiosos me refiero, somos aficionadísimos no sólo a escribir papeles, documentos y otros textos del mismo estilo sino, además, lo que es peor, a creernos que lo que se dice en esos papeles es más real que la misma realidad. ¡Qué ilusos somos!

El primer hecho que le dijo al Padre Pérez que debía cambiar sus ideas sobre la vida religiosa femenina lo tuvo en un colegio. Era una congregación de las que se dicen “modernas” no porque sus miembros sean muy adeptos a la modernidad en boga en nuestra cultura y tiempos sino porque fueron fundadas a finales del siglo pasado. Tienen, por así decir, una modernidad un tanto añeja. Incluso pasada de fecha. Allí fue el Padre Pérez porque por primera vez en su vida le habían pedido una charla. Un breve fervorín que iluminase a las hermanas en el día de retiro. Nada más y nada menos.

El Padre Pérez se preparó concienzudamente, casi como si la charla fuese para sus hermanos de comunidad. Leyó libros. Sacó notas. Con dolores de parto llegó a pergeñar un esquema y terminó escribiendo unos folios con lo que le parecía que debía ser dicho sobre el tema que le habían pedido que desarrollase. Llegado el día de autos, puso sus folios en una carpetilla y con ella debajo del brazo se dirigió al colegio. Iba un poco nervioso porque no en vano era la primera vez que entraba en una comunidad de religiosas. Entendámonos. Por supuesto que ya antes había participado en reuniones en las que se había encontrado con religiosas y había visitado sus casas. Pero ahora era la primera vez en que iba a entrar en una comunidad religiosa femenina como “padre”. O mejor, como padre “predicador”. No se daba cuenta él todavía, pero eso suponía asumir un rol totalmente diferente.

Ya la entrada en la casa provocó que se le encendiese una luz de emergencia en el cerebro. Le abrió la puerta una hermana ya entrada en años que sin decirle siquiera “buenos días” le dijo: “Pase, Padre, le estábamos esperando. Si quiere puede entrar en el recibidor mientras llamo a la madre” y señaló con la mano un cuartito increíblemente pequeño y limpio donde habían acomodado de forma casi milagrosa un tresillo

de color indescriptible y una mesita en la que se veían algunas revistas religiosas y de propaganda vocacional. Algo así como la sala de espera de un dentista pero sin revistas del corazón. Entendiendo que estaba entrando en un nuevo mundo, tomó asiento y esperó. La hermana se fue, cerrando cuidadosamente la puerta tras de sí. Sentado o mejor hundido en uno de aquellos sillones sin duda rescatado de una herencia centenaria proveniente de algún ilustre marqués benefactor de la congregación, pensó que a qué madre iba a llamar la hermana portera. La hermana no había especificado. Por eso, el Padre Pérez se quedó pensando que quizá en el colegio residiría también alguna familia y es que la madre de una de ellas quería venir a hablar con él o algo así.

Al cabo de unos cinco minutos, golpearon en la puerta: “Toc, toc”. Y, sin esperar a que él dijese nada, una hermana abrió la puerta diciendo: “¿Es usted el Padre Pérez? Soy la madre superiora”. En aquel momento al Padre Pérez se le abrió el entendimiento y comprendió que aquello de la madre no se refería a una madre física por así decir sino a la superiora de la casa. Recordó un texto del evangelio que decía algo así como “No llaméis padre a nadie porque sólo uno es vuestro Padre y está en los cielos” y pensó que quizá en aquella casa o congregación no lo habían leído. Pero no era el momento de entrar en discusiones teológicas. Sobre todo porque la “madre” no le dio tiempo a ello. Después de un rápido cruce de saludos le explicó lo que iban a hacer durante el día. Naturalmente que todo ya estaba organizado. Él tendría que dar una charla por la mañana y luego sería bueno que estuviera disponible por si alguna hermana quisiera hablar con él. Ya debía entender que algunas hermanas mayores no podían salir de la casa para ir a confesar fuera y pensaban aprovechar la oportunidad de tener un sacerdote en casa. Desde ya se disculpaba por la lata que le pudieran dar esas hermanas. Tenía que comprender que ya chocheaban un poco y que quizá dijese algunas incoherencias. Después de comer tendría un cuarto a su disposición para que durmiese la siesta. Y hacia las cuatro o cuatro y media podría celebrar la misa. Después quedaría libre.

Lo que más gracia le hizo al Padre Pérez fue lo de la siesta. Era como si la hermana, perdón “madre”, diese por supuesto que dormía la siesta. Pensó que aquellas

hermanas habían tratado ya con muchos padres y que conocían sus vicios y costumbres de buen vivir. Se acordó de los comentarios oídos en sus tiempos de seminarista cuando alguna vez oyó a los padres de la comunidad valorar la bondad de las capellanías por la calidad y cantidad del desayuno que era ofrecido al celebrante de turno después de la misa.

La superiora no le dio ni posibilidad de responder. Inmediatamente le indicó que las hermanas estaban esperando en la sala y que podía empezar cuando quisiera. Pero lo que parecía una invitación sonó como una orden. Tenía mucha mano zurda aquella “madre”, pensó el Padre Pérez. Durante la charla le sorprendió la pasividad de la mayoría de las hermanas. Le sorprendió más cuando pensó que aquel era uno de los colegios más renombrados de la ciudad. Por el número de alumnos y por el número de hermanas en la comunidad, que no eran demasiadas, pensó que la mayoría de ellas debían tener algún cargo en el colegio. Le parecía imposible que aquel rebaño de ovejas, así le pareció, que tenía delante, pudiesen ser gente profesionalmente competente. Pero lo eran como de hecho lo demostraba el prestigio del colegio. No pudo encontrar más explicación que el suponer que vivían una especie de doble vida. En su trabajo eran profesionales como la copa de un pino. En comunidad se sentaban alrededor de la madre como polluelos que buscasen el amparo de sus alas. Se dijo a sí mismo que había algo de anormal en aquello. Pero no era su función aquel día el cambiar las cosas sino el dar una charla, escuchar algunas confesiones y celebrar la misa. Y eso fue lo que hizo.

Lo que más llamó la atención al Padre Pérez aquel día sucedió precisamente cuando ya estaba a punto de marcharse de vuelta a su casa. Fue un momento de revelación en el que le fue dado comprender como la autoridad era diferentemente experimentada en el mundo de la vida religiosa femenina y masculina. Ciertamente ya llegó al final de aquel día con la mosca detrás de la oreja. La sensación de que había entrado en un mundo diferente que solamente se parecía al suyo en el nombre se le fue acentuando poco a poco. Pero la balanza se inclinó definitivamente después de la misa. Era el tiempo de las despedidas. Las hermanas ya no estaban sometidas al silencio. Y en la portería algunas se habían reunido en torno a él charlando de

cosas varias. Gracias a Dios habían pasado rápidamente por ese obligado capítulo de “Gracias, Padre, por su homilía” o “Me ha gustado mucho la charla. ¿Me podría dejar sus notas para fotocopiarlas?”. Precisamente mientras una de las hermanas fotocopaba aquellos folios –el Padre Pérez pensaba que era un atentado ecológico desperdiciar de aquella manera tóner, papel y electricidad– otras tres o cuatro charlaban con él de una forma distendida. Así se enteró de que una de ellas era la directora del colegio, otra la responsable del departamento de pastoral, otra la administradora y otra la directora de la escuela de magisterio que funcionaba dentro del mismo colegio. Estaban hablando animadamente cuando se acercó la superiora un tanto temerosa sin duda de lo que pudieran decir sus súbditas.

El Padre Pérez percibió casi físicamente como la llegada de la superiora cambió el modo de estar de las hermanas. Ella, la madre, tomó las riendas de la conversación con el Padre, convirtió lo que había sido un diálogo a muchas bandas en un encuentro bilateral entre ella y el Padre Pérez con las demás hermanas reducidas a puras comparsas. Pensó entonces que ya era hora de despedirse y dejar a aquella superiora que mandase lo que quisiera. Pero la madre le concedió la gracia de atisbar la forma como realizaba su dominio sobre las hermanas.

Fue cuando ya la conversación moría. Justo cuando él iba a empezar a hablar para decir que se tenía que ir, una de las hermanas también comenzó a hablar. Los dos se pararon a la segunda palabra. El Padre Pérez estaba a punto de decir: “Siga usted, hermana”, cuando la voz de la superiora dejó clara la situación: “Deje hablar al Padre, hermana”. Pero lo peor no fueron las palabras. Lo peor fue la mirada que las acompañó. El Padre Pérez pensó que si hubiesen estado en una película de ciencia-ficción, la hermana habría muerto y su cuerpo envuelto por una extraña luz se habría volatilizado en aquel preciso instante. No llegó a tanto la cosa, pero la hermana agachó la mirada y calló reconociendo el poder de la madre.

Ante semejante acto de dominio, el Padre Pérez se sintió tan mal que abrevió lo más posible y buscó una excusa para salir corriendo. Jamás en su vida había observado algo parecido. Aquella superiora que se denominaba a sí misma “madre” era también una terrible madrastra que manejaba a sus hijas con sólo la fuerza de sus

ojos. El refugio afectivo que las hermanas encontraban en la madre estaba compensado con creces por la entrega total, la sumisión y la pleitesía que estaban obligadas a rendir a la madre.

La vida le fue enseñando más tarde al Padre Pérez que, a Dios gracias, no todas las hermanas son así pero que existe una cierta tendencia al borreguismo en el mundo femenino, a llenar la relación con la superiora de connotaciones afectivas que dan pie, al menos dan pie, a la posibilidad de abusos por parte de la superiora de turno. No es que el Padre Pérez fuese acrítico con el ejercicio de la autoridad en el mundo masculino. Ni mucho menos. Pero allá en su corazón se quedó muy contento al reconocer que la tendencia masculina era precisamente la opuesta: que cada uno haga lo que le dé la gana. Nada que ver ciertamente con la obediencia religiosa, pero al menos se disfrutaba de un mayor aire de libertad. Desde entonces se prometió a sí mismo que hablaría siempre que pudiese, y especialmente en lugares como el que acababa de visitar, de la libertad y que haría del texto de Gálatas 5,1: “Para ser libres nos libertó el Señor” el lema de su propia vida.